





BRIEN BROTHMAN

Órdenes de valores: cuestionando los términos teóricos de la práctica archivística

*Hay tanto que decir - imitándonos
unos a otros: el acto del amor,
hablar, hablando con lenguas. Aún pasó un tiempo
antes de que comprendiese que nos dimos estas palabras
el uno al otro y escuchamos nuestras voces
en otros lugares distintos a los sitios donde estábamos
hablando junto a uno mismo, lanzando voces
por la habitación, hacia otros lugares.*

“Ventriloquists”, de Eli Mandel

Según algunos teóricos de la literatura, el valor esencial de la poesía reside en su capacidad, a través del uso del lenguaje, para transfigurar, distanciar y hacer parecer extrañas aquellas cosas que nos son más familiares. En otras palabras, la poesía es más interesante y efectiva cuando rompe hábitos de pensamiento, interrumpe el automatismo de la percepción y genera ambivalencia de sentimientos y ambigüedad en el entendimiento de ciertos tipos de conocimiento o actividad que se han acomodado serenamente en nuestras mentes¹. Sin tener aspiración

*Brien Brothman
Archivo del Estado de Rhode Island
brienbro@hotmail.com
Traducción de Crispulo Travieso Rodríguez
Versión original: “Orders of Value: Probing the Theoretical Terms of Archival Practice”, *Archivaria*, 32 (Summer 1991), pp. 78-100. Traducido y publicado con la autorización del autor y de The Association of Canadian Archivists (www.archivists.ca)*

Agradezco a Terry Cook los valiosos comentarios y sugerencias que me hizo sobre el último borrador de este artículo.

alguna a la elocuencia poética, la intención de este trabajo sí que tiene algo de poético, ya que intenta hacer uso de otro lenguaje o vocabulario, desplegar modos diferentes de expresión, para promover o despertar nuevas perspectivas en los principios, prácticas y teorías archivísticas establecidas. Se trata de cuestionar, a veces de forma lúdica, los términos de la práctica archivística.

Algunos lectores pueden percibir un trasfondo de reprobación hacia el estado actual de la metodología archivística. Si bien puede haber muchos motivos para expresar esta insatisfacción, es importante señalar que no es esto lo que se pretende, al menos no directamente. En lugar de análisis, este artículo ofrece descripción y en lugar de prescripción, propone interpretación. No define ni identifica un problema, sino que revisa la insuficiencia de las técnicas y enfoques profesionales actuales y propone nuevas soluciones. El objetivo no es inventar una estrategia o metodología concreta que derroque la práctica archivística actual y que atribuya inmediatamente a la profesión un nuevo kit de herramientas. Muchos archiveros han hecho ya propuestas inteligentes, basadas en una experiencia y un conocimiento más amplios que el que yo pudiera alegar, para dar soluciones técnicas y metodológicas a problemas que han identificado en la práctica archivística. En realidad, este ensayo presenta modos alternativos de hablar y pensar sobre la teoría y la metodología archivística actuales que pueden inducir a los archiveros tanto a fortalecer las bases sobre las que se sustenta la práctica actual como a modificar sus teorías.

En algunas partes de este trabajo, con la atención tangencial que se le presta a los aspectos relacionados con la procedencia y autoría en el segundo epígrafe, también se repasan algunas cuestiones que han enfrentado a los historiadores del pensamiento en los últimos años². Mientras que en otras ramas de la historia generalmente se han usado los documentos como recursos con los que abordar asuntos sociales, económicos o políticos del pasado, para los historiadores del pensamiento lo que recientemente ha surgido como preocupación dominante es el carácter probatorio dentro de la historiografía de los documentos; en otras palabras, para ellos los textos ocupan una posición fundamental y por tanto, no colateral, en la disciplina de la historia. La alusión a la lingüística en esta problemática ha sido sin duda la principal causante de esta preocupación que, en algunos casos, ha subvertido el propósito de la iniciativa. Las consecuencias de la intertextualidad, el deconstructivismo, la teoría crítica y el posmodernismo propios de las premisas de la crítica literaria y filosófica, por ejemplo, han ido penetrando con fuerza en la comunidad historiadora, con el resultado de que algunos historiadores han sido arrastrados a la inseguridad e incluso a la parálisis de la autorreflexión. Ahora, más que nunca, los historiadores del pensamiento ponen en duda su relación —y la de todos los historiadores— con todos los materiales que utilizan para producir sus propios textos, así como todos los textos³.

Este artículo, por tanto, “investiga” las fronteras del significado en el lenguaje, la práctica y el pensamiento archivístico actual. Y, al tiempo, ello también repercute en los términos de la legislación archivística. El propósito principal no es realizar incisiones, implantes o cortes para mejorar el corpus de la práctica archivística. En todo caso el enfoque adoptado pretende impulsar una reflexión más amplia sobre el significado cultural de la práctica archivística contemporánea y el contexto en el que esta toma forma y lugar, así como la observación del papel social concreto que los archivos desempeñan en la sociedad. Estos temas han estado notoriamente ausentes de la reflexión académica tanto dentro como fuera de la profesión archivística. La falta de atención, por no decir indiferencia, hacia los archivos dentro del marco del criticismo social y cultural entre los historiadores del pensamiento y otros estudiosos de la cultura que, por lo general, han sido menos descuidados ante la evolución y el significado social de las galerías de arte, bibliotecas, museos⁴ y otras instituciones culturales, representa una omisión desafortunada y misteriosa⁵. Este ensayo trata de ayudar a reparar este descuido explorando algunos significados alternativos y previstos del lenguaje, la práctica y la teoría archivísticas. Los “términos” del título del ensayo se refieren, por tanto, a la habilidad del lenguaje para generar nuevas descripciones de la práctica archivística; en segundo lugar, y más importante, se reivindica que este lenguaje, más que simple reflejo de una práctica estable, puede representar las tensiones y acuerdos que se hallan dentro de la lucha de muchos archiveros para conocer y tratar con el mundo de la información en “términos” archivísticos. Por último, y relacionado con el segundo punto, los “términos de la práctica archivística” también se refieren a los “fines” que pretende alcanzar esta, es decir, lo que define como su misión. Dicho punto también merece ser revisado.

Este ensayo denota la influencia de otros escritos archivísticos que han surgido de una reflexión profunda sobre la teoría y la práctica archivística. Cuando haya acabado, el lector podrá reconocer en estos enfoques, preocupaciones y estilos la impronta de autores como Hans Booms, Frank Burke, Terry Cook, Hugh Taylor y otros, cada uno de los cuales se ha esforzado en plantear la naturaleza de las responsabilidades que los archiveros deben asumir en la sociedad moderna. Naturalmente, algunos de los razonamientos que propusieron se muestran aquí. Pero quizá aún más determinante que cualquiera de esos argumentos concretos es que han considerado importante debatir sobre ello. Valiéndose de la inspiración y percepción de estos autores, este artículo pretende incorporar sus pensamientos sobre el interés fundamental de su crítica en sí: un examen reflexivo del significado social e histórico de los términos del compromiso archivístico. Los resultados interpretativos son ampliamente afines, cuando no completamente concordantes, a las proposiciones “culturalistas” actuales. Mientras que los escritos archivísticos culturalistas insisten con razón en que las

motivaciones principales de los archiveros deben ser culturales e intelectuales, yo mantengo además que esta percepción esencial se consolidará en último término centrándose en la reconocida necesidad de un entendimiento socio-histórico y cultural de la práctica archivística en sí misma⁶.

I

Mi punto de partida es el concepto de *orden*. Constantemente, los archivos se enfrentan al reto de establecer un orden sobre el espacio en que se sitúan. Este orden puede ser el espacio físico en el que ha de asignarse un lugar a soportes informáticos, películas, mapas, fotografías y documentos textuales. O puede referirse al orden intelectual subyacente en el que se ordenan los documentos atendiendo a determinados principios metodológicos de la profesión. Dicho espacio/orden, no obstante, se encuentra permanentemente bajo la amenaza de la desorganización. Los archivos están expuestos continuamente a que su espacio quede desbordado por lo que podríamos traducir como suciedad y basura⁷. Es decir, lo que más ofende y desconcierta a los archiveros es la contaminación y el desorden de la información. Por tanto, este artículo trata, en parte, sobre ecología y protección del medio ambiente archivístico⁸.

Orden significa que las cosas están en el *lugar* adecuado. El concepto de lugar adecuado para la distribución de los objetos en el espacio es una construcción mental. Dicho de otro modo, para cada sociedad, comunidad o cultura un objeto colocado en el mismo sitio puede representar un ejemplo de orden o de desorden. La tinta que deja mi bolígrafo para *formar* letras y palabras sobre el papel “fluye”; la tinta que deja mi bolígrafo y que *mancha* el papel, “se filtra”. En el primer ejemplo la tinta está ordenada, en el segundo desordenada. La tinta que fluye tiene un significado y un orden; la que se filtra no tiene ni significado ni orden. La información que “fluye” también supone un proceso controlado, ordenado, instrumentalmente intencionado; la información que se “filtra” implica una pérdida o falta de control, un fallo de orden (o al menos la apariencia de éste). En otras palabras, una “filtración”, ya sea de tinta o de información, significa que dicha sustancia se ha traspasado a un espacio no apropiado por un camino incorrecto. Ha introducido un estado de desorden. Aun así, los psiquiatras encuentran significados y órdenes profundos en las manchas de tinta. Y del mismo modo, los entendidos en arte y los artistas pueden encontrar algún significado en los lienzos a figuras aparentemente sin forma e irreconocibles.

Por tanto, el desorden puede referirse a asuntos/objetos/símbolos que se considera que están fuera de su lugar. Las cosas que están fuera de su sitio se consideran a menudo basura o suciedad. La basura representa algo que debe ser suprimido o *apartado de la vista* para no romper la belleza intrínseca del orden y la

tranquilidad que este parece traer consigo. Pero ese orden, ese espacio, representa un esquema de valor permanente del que la basura es el polo opuesto. Un envoltorio de helado responde a un valioso propósito en tanto que envuelve al helado. Tiene valor hasta que alguien lo quita buscando alivio en un caluroso día de verano. Una vez fuera pierde su espacio y no tiene ningún otro sitio en el mundo. Cuando alguien lo encuentre en el césped el agraviado papelito acabará en una papelerera. El palo del helado, también, se convierte en basura una vez que nos hemos comido el helado. Pero en este caso no siempre. Algunos niños descubren que el palo del helado es útil para construir todo tipo de cosas. Los palos se salvan de acabar en la papelerera porque continúan teniendo valor; tienen un nuevo y significativo espacio en el orden del mundo. El valor de los palos de helado aumenta en proporción a ello. La creciente sensibilidad hacia el medio ambiente, nuestro miedo a las consecuencias de la contaminación del agua y del aire, junto con nuestra aprensión por la escasez de recursos –nuestra reciente toma de conciencia por las condiciones atmosféricas– ha creado una nueva escala de valores, un nuevo orden de valores. Con nuestro compromiso con el reciclaje, por ejemplo, hemos prolongado el valor de ciertos productos y materiales que antes se consideraban destinados al cubo de la basura. El reciclaje ha redefinido –reformado– la estructura de la “basura” y los “desperdicios”.

Con estos ejemplos no se pretende poner de manifiesto la base anárquica sobre la que se sustenta la creación y la destrucción de valores. Al contrario, los individuos no son la fuente definitiva en la creación de orden y valores. En realidad son las comunidades sociales las que crean y destruyen los valores. La basura no tiene una existencia objetiva y autónoma. La basura y la suciedad son productos de exclusión socialmente determinada, lo cual nos brinda pistas sobre los propios valores sociales. Es más, constituyen, en la misma medida que las cosas que conservamos, un reflejo de la jerarquía de categorías de valores sociales. Es el proceso social el que establece qué posee un valor alto y duradero, qué tiene un valor transitorio y qué es basura. Como escribió la antropóloga Mary Douglas,

La suciedad, como la conocemos, es esencialmente desorden. No existe la suciedad absoluta; existe en los ojos del que mira. Si evitamos la suciedad, no es por un temor caprichoso, ni por espanto ni por terror divino... la suciedad ofende al orden. Eliminar la suciedad no es algo negativo, sino un esfuerzo positivo por organizar el entorno⁹.

Para los archiveros el objetivo prioritario es conseguir un estado de orden positivo en su ámbito. Lo intentan excluyendo lo que está destinado a ser desperdicio, que constantemente amenaza con corromper el orden existente. La suciedad y la basura chocan todo el tiempo con el deseo de los archiveros por el orden y dificultan sus esfuerzos para mantenerlo¹⁰. La pretensión de orden conlleva

la identificación de las fuentes potenciales de alteración de este y la eliminación de aquellas cosas que están fuera de lugar, o que ya no “se ajustan” a un orden previo social o archivístico. Una vez apartados de la vista, efectivamente, estos objetos pierden su lugar, su derecho a existir y, finalmente, su existencia. Los documentos, o la información, que los expurgos archivísticos eliminan están privados de un lugar permanente en el/los orden/es social/es.

En su lucha por mantener estas islas de orden permanente, los archivos, consecuentemente, también generan valores. La valoración archivística, por ejemplo, no es solamente un proceso de identificación de valor, sino de creación o destrucción de valor. Implica algo más que la mera identificación de valor archivístico o histórico que ya existía en el documento antes de que los archiveros lo reconociesen. Determinando el valor histórico o archivístico, los archiveros crean, inician o perpetúan un compromiso axiológico que se manifiesta en la permanencia del orden del que surge. Obviamente, los archiveros están interesados en determinar qué tiene valor “permanente”¹¹, pero la permanencia de ese valor es absoluto; sea cual sea el criterio utilizado se establece durante el proceso archivístico, ni antes ni después. En principio, independientemente de si ese conjunto de documentos archivísticos se consulte o no, una vez que se le otorga ese valor permanente, el derecho de dichos documentos a ocupar un lugar en los archivos y en la sociedad es irrevocable.

Por lo tanto, llegamos a una conclusión que muchos archiveros apoyarán: el orden que los archivos crean de toda la información que procesan plasma los valores de la sociedad. Los criterios de valoración y las políticas y decisiones de adquisición o, por ponerlo en el contexto de la teoría de la basura, las estrategias de eliminación son los instrumentos de una ecología archivística: “el hermoso movimiento de los archivos”. Con la valoración y la selección se pretende alcanzar el orden eliminando las malas hierbas, como parte del proceso de creación de un jardín lleno de preciosas flores¹². Sin esto, en vez de un ordenado Edén, el escenario resultante sería un terreno descuidado cubierto de malas hierbas y enredaderas. De todos modos, y más allá del momento de la adquisición, colocar los documentos en las cajas de archivo, poner las cajas en las estanterías de archivos y representar los documentos en inventarios y guías constituye una ardua tarea. Como sugirió Gerald Ham, los archiveros que publican información sobre los documentos en los inventarios o guías –incluso aquellos de dudoso valor archivístico– “ayudan a establecer su autenticidad como colecciones legítimas”¹³. Por lo tanto, no sólo estamos “adquiriendo” y “conservando” documentos de valor, estamos *creando el valor*, es decir, un orden de valor, colocando las cosas en su sitio, haciendo sitio para ellas. Este proceso pone de manifiesto la importancia del orden en los archivos.

Es más, el principio archivístico del orden en el espacio se remonta al concepto de orden del siglo dieciocho al que se aludía en el emergente campo de la historia natural, que Michel Foucault describió:

Los documentos de esta nueva historia no son palabras, textos o archivos, sino espacios libres donde las cosas están yuxtapuestas; herbarios, colecciones, jardines... A menudo se dice que el establecimiento de jardines botánicos y colecciones zoológicas expresaban una curiosidad nueva por las plantas y los animales exóticos. En realidad, esto ha llamado la atención del hombre desde hace tiempo. Lo que cambió fue el espacio en el que se les podía ver y desde el que era posible describirlos... También sabemos la importancia metodológica que tuvieron estas localizaciones “naturales” a finales del siglo dieciocho, en la clasificación de las palabras, los lenguajes, las raíces, los documentos, los registros – en definitiva, en la constitución de todo el entorno de la historia¹⁴.

Las instituciones archivísticas, por tanto, representan una vocación social de creación de un espacio especial en el que predomina un orden determinado de valores. Estas instituciones que contienen documentos archivísticos ocupan un espacio situado tanto dentro como alrededor de un orden social subyacente. En un impulso de osadía, alguien pudiera sugerir que un edificio archivístico o, aún más polémico, una red, no es más que un contenedor de archivos más grande, un espacio destinado a ello cuya forma –su apariencia física exterior y su configuración interna así como su contenido y distribución humanos, tecnológicos y de información– reflejan nuestros valores sociales y culturales. (David Bearman sugirió, no obstante, que el espacio/orden físico es cada vez menos significativo en un universo de información “no-documental” de redes multimedia y de meta-archivos.¹⁵)

La metáfora ecológica para el tratamiento humano de la información no es simplemente una figura retórica utilizada por poetas o ensayistas, una convención literaria para el puro placer estético de la invención. Recientemente, el Gobierno Federal de Canadá ha promulgado una política sobre “Gestión de fondos gubernamentales de información”. Esta política representa un cambio interesante en la actitud del Gobierno frente a la información. Mientras que las expresiones “información” y “sistema de información” han tenido durante años una connotación de tecnología informática (hardware y software), redes y sistemas de archivos, esta “tecno-fascinación” se ha disipado ante una nueva conceptualización de la información más holística, como “recurso”, combinando todos los departamentos disciplinarios y los medios de comunicación. La elección del término “recurso” para designar la información no es casual; la consecuencia, si no la intención, es sin duda importar al terreno de la información la creciente preocupación del medio ambiente para la administración de los “recursos”¹⁶. Lejos de ser una sustitución terminológica aleatoria, el uso de “recurso” puede representar la emergencia de un nuevo orden de valor.

De suma importancia para establecer el orden *edénico* en muchos archivos son dos principios centrales, *orden original* y *procedencia*. ¿Qué abarca la noción de orden original? Para muchos archiveros, el orden original connota una intención

negativa; implica un sentido Jenkinsoniano de abstención personal – una necesidad de “anonimato voluntario” y, como consecuencia lógica, el abandono de uno mismo a una solidaria fusión con la identidad del pasado¹⁷. Es equivalente a la idea alemana del siglo diecinueve de pasado accesible –“wie es eigentlich gewesen”, del que Ranke fue su más conocido defensor. Sin embargo, debo sugerir que es tan problemático para los archivos sostener que son el auténtico resto de un orden *original*, al menos en ese sentido estricto –como captura de esa parte objetiva del pasado– como para los historiadores proclamar que su trabajo captura y representa el pasado, es decir, lo hace presente una vez más. Nuestra capacidad para conservar el orden original tiene límites, como también los tiene nuestra capacidad para importar el pasado histórico al presente. Aunque no es este el lugar para explorar con más detalle este asunto tan extremadamente complejo, los archiveros estarán sin duda familiarizados con los debates de los filósofos e historiadores alemanes y británicos del siglo diecinueve, en los que se discutía la relación de los historiadores con el pasado y sus documentos. La Archivística muestra un deseo similar por extraer del pasado un documento de algún modo objetivo y sin adulterar. Esta propensión despierta dudas sobre el orden original (y el *respect des fonds*).

Hay un pequeño compendio de escritos que desafían los cánones archivísticos de orden original¹⁸ y record group. A principios de los años 60, cuando el concepto de record group contaba con veinte años de antigüedad, hubo algunas críticas sobre sus limitaciones prácticas cuando tenía como fin la administración y el servicio público¹⁹. Si uno revisa cómo surgió el concepto de record group en los Archivos Nacionales de Washington durante los años 40 puede quedarse impresionado por la esquizofrenia archivística característica de su desarrollo. Paul Ahlberg nos recuerda, por ejemplo, que “pertenece a la gestión archivística y no tanto a la teoría archivística”²⁰. Aunque fue creado para respetar los principios de procedencia y orden original, la organización de record group se introdujo también como medida práctica para controlar y ordenar el volumen de documentación que crecía rápidamente mediante una estrategia de “divide y vencerás”. Los archivos se incorporaron a una misión civilizadora; la civilización del salvaje terreno documental.

El pragmatismo que subyace en la estrategia de “divide y vencerás” (y que suaviza potencialmente el positivismo histórico de Jenkinson) está expresado en una frase aparentemente inocua pronunciada en 1940 por Solomon Buck cuando era miembro del Finding Mediums Committee de archiveros de los Estados Unidos. Este órgano, cuya tarea principal era buscar ayudas para los archivos del gobierno federal, instituyó realmente este término y, podría decirse, que también el concepto de record group. Hablando de este concepto, Buck aludía a la expresión “agrupando material”²¹. El uso del gerundio “agrupando” representa una elección lingüística importante, ya que esta verbalización del sustantivo “grupo” desvía la atención de la concepción de grupo de archivos como término estable,

esencial, predicado natural de la creación de organizaciones –su “inherencia”²²– y nos alerta sobre la posibilidad de concebir el proceso como una acción, literalmente un acto de artificio –la creación de una nueva identidad– con fines de orden y gestión archivísticos²³. Esta forma del concepto de “record group” significa que los grupos de documentos no son un simple epifenómeno de otro orden precedente; son entidades distintas y autónomas.

Los departamentos, las unidades organizativas y los sistemas de almacenamiento de archivos presentes en los gobiernos o administraciones no se crearon para contener, o para prever el almacenamiento, de los esquemas de record group. Los creadores no siempre han percibido sus archivos como parte de, o destinados a, un grupo de archivos particular. Es más, normalmente obvian los principios que rigen el orden de los archivos. Esos record group y los creadores administrativos deberían coincidir; este es un criterio deseable, pero no patente. Aunque sólo fuera con fines heurísticos, deberíamos recordar que la primacía de la coincidencia estructural en su más alto nivel (por ejemplo, un record group para cada institución que muestre una continuidad administrativa) sin duda no termina con las alternativas para establecer la identidad de los archivos en la agrupación archivística. Este precepto profesional se basa en una metonimia, la institución es un actor individual, un autor-organizador de textos/informaciones, la identidad estructural que es esencial conservar. Nuestra apuesta profesional tiene dos objetivos: por un lado, el transplantar los archivos originales es esencial para conservar la identidad de la estructura; por otro, la manera más importante de concebir la organización y distribución de la información social o el conocimiento es conforme a las entidades que lo crearon o que lo organizaron. Sobre estos puntos hay al menos tres preguntas que plantearse: (1) ¿El crear estos record group realmente cumple con la tarea de conservación estructural? (2) ¿Las estructuras que perciben los archiveros son aquellas que captan mejor la realidad de la historia estructural/organizativa? Y, finalmente, (3) ¿Es lo mejor respecto a la información histórica? Merece la pena debatir de una manera viva y extensa estas cuestiones. Como sugerimos más adelante, la organización archivística simplifica la realidad, como lo haría cualquier intento de organización; produce una versión sobre otras posibles versiones del universo de la información. Haciéndolo así, también se vela por la complejidad del contexto y organización de la información; las estructuras/afinidades interorganizativas informales que pueden existir como resultado de funciones compartidas, intereses o nuevas vías de comunicación introducidas por el cambio social o por la innovación tecnológica, por ejemplo, se deberían mostrar a los archiveros los posibles límites, por no decir insuficiencias, de las imágenes y metáforas de la información-organización sobre las que descansan nuestros principios metodológicos²⁴.

La *agrupación* de documentos, por tanto, conlleva una imposición conceptual sobre un universo documental neutro. Servirá a los archiveros para recordar que los documentos y los record group no tienen un “lugar natural”²⁵.

Y a pesar de la indudable conveniencia conceptual de importar al lenguaje archivístico términos como “orgánico”, que evoca formas de adaptación y englobadas de integración estructural-funcional que facilitan soluciones archivísticas prácticas, el orden original y la procedencia no se corresponden con ningún orden natural de la información, puesto que no hay nada “natural”, ni de acuerdo con la ley sobre los sistemas de clasificación ni con el orden de los archivos²⁶. El orden de la información es social, no natural. El orden de los archivos no debería darse como resultado de un sitio restringido e inexorable que no tenemos el poder de negar. El orden *edénico* en los archivos viene dado por la práctica de *agrupar*. Estas agrupaciones de documentos son creaciones; toman prestado un término recientemente acuñado en sociología de la ciencia, *micromundos*, que algún sociólogo o filósofo de la ciencia ha visto surgir de un laboratorio científico y que pudiera ser apropiado aquí. Joseph Rouse afirma,

*[Los micromundos] constituyen intentos de sortear la complejidad caótica que tan duramente limita la aparición natural de fenómenos construyendo “mundos” artificiales simplificados. En estos micromundos sólo existe una variedad limitada de objetos, cuya procedencia es conocida y cuyas formas de interacción están estrictamente controladas.*²⁷

Aunque no ocurran de forma natural, los record group estructurales son los micromundos que muchos archivos establecen. Y el orden *edénico* resultante no es natural, un espacio en el que los archivos tienen su sitio natural. Más bien es el orden socio-histórico impuesto de un jardín cuidado²⁸.

Por último, la creciente opinión en la comunidad archivística de que el record group es un concepto limitado, o limitador, para transmitir la práctica archivística a alguien que deba hacer frente ahora a los numerosos fenómenos asociados a la información electrónica²⁹ —que han dejado la procedencia como un lugar menos seguro, más resbaladizo, en la adquisición y la gestión—, refleja, o al menos parece corresponderse con corrientes culturales e intelectuales contemporáneas más amplias y profundas donde se ha cuestionado la importancia o la estabilidad de la “materia”, el autor o el creador como reguladores de la unidad o continuidad discursiva³⁰.

Sin embargo, más allá de estos razonamientos metafísicos abstractos, los archiveros trastocan el orden original (tomando en sentido estricto el significado de orden original) cada vez que deciden destruir documentos que formaron parte de los archivos. Aun siendo parte de ese orden en el que fueron creados, los documentos destinados a la destrucción están ahora condenados a no tener sitio en el orden original.³¹ Para empezar, mantener estos documentos junto con otros a los que sí se ha asignado valor destruye el orden archivístico. En segundo lugar, nos alejamos del orden original cuando unos documentos físicamente separados, que en una

ocasión pertenecieron al mismo archivo, se reúnen de nuevo en un mismo espacio. A pesar de la separación física y, a veces, de la autonomía relativa y división física de los documentos, los archiveros los colocarán rutinariamente en series únicas. Esta organización implica un “orden” original físico e intelectual que en realidad nunca existió. Más bien, en estos dos ejemplos, el proceso atiende al cumplimiento de requisitos institucionales de un orden intelectual archivístico idealizado y útil, más que de un orden original. Sería conveniente, por tanto, hacer una distinción –al menos conceptual– entre *orden original* y *orden archivístico*.

Por último, la alteración más básica del orden original es, por supuesto, la extracción de los documentos de su sitio original de procedencia y su lugar en los archivos. Y una vez que los documentos se han sacado de sus lugares nativos la gestión archivística distorsiona el orden original de los modos más sutiles. Por un lado, se convierten en archivísticos. La asignación de números a record group, números de volumen de descripciones y designaciones para el inventario, así como otros ornamentos archivísticos para contener permanentemente los documentos, también transfiguran, cuando no transforman, el documento. Retomando un punto anterior, dichas operaciones pueden elevar los archivos hasta un estatus archivístico casi místico, mientras que tienden a disminuir la vitalidad que una vez impregnó ese documento³². La práctica archivística, en otras palabras, sigue siendo un arte³³.

II

*¿Qué persigues... estimulantes, depresores, psicomiméticos?
'Eh... ¿información?' Responde Slothrop.*

Thomas Pynchon, Gravity's Rainbow

Implícito en lo que venimos comentando está el hecho de que el volumen de documentos/información de esta “era de la abundancia”³⁴ ha facilitado un ímpetu importante en la iniciativa archivística, forzada a hacer frente al posible desorden, alteración o desintegración archivísticos. De ahí que los archiveros siempre hayan considerado estar del lado del orden, del lado que pretende mitigar la amenaza de la contaminación o caos informativo de esas inmensas cantidades de documentación que se nos viene encima. Esta ha sido la línea que se ha seguido en este trabajo y ciertamente hay una solidez fundamental en esta afirmación. Con todo, me gustaría observar otra posibilidad algo más perversa: los archivos son además auténticos participantes en el proceso que potencia el mismo desorden al que continuamente se ven obligados a oponerse. La razón para ello hay que buscarla en el hecho de que los archivos no existen en un aislamiento tan hermético con

respecto al resto del mundo como para que no les afecten las fuerzas sociales y culturales que han dado forma a nuestra sociedad moderna, ávida de información y basada en el conocimiento (o determinante del conocimiento); están también situados dentro de la red –e influidos por esta– de producción, intercambio y circulación de información. Los archivos representan una red dentro de la red.

La situación de los archivos es paradójica. El orden que pretenden implantar produce efectos que fomentan el hábito del uso de la información. Las consecuencias de lo que el orden archivístico persigue y promete –y que a menudo consigue–, las aspiraciones a las que atiende y satisface, por así decirlo, actúan como aliciente para el progresivo aumento de las demandas y expectativas de información, lo que a su vez induce a la generación constante de condiciones que ponen en peligro ese beneficioso orden: adquisiciones desmedidas y una falta de atención a los instrumentos de control. Los muchos efectos que el orden archivístico produce en realidad alimentan el propio fantasma del desorden archivístico. Los archivos son los principales accionistas que participan en la conciencia documental/informacional, una conciencia que nutre el almacenamiento de información para diversos propósitos: son los archivos los lugares de la memoria, o memorización, que protegen y refuerzan. El espacio archivístico no es así sólo el reino de lo potencial, de la interpretación latente y de camino hacia la verdad³⁵. Al aplicársele una primera interpretación mediante la agrupación documental, los documentos –los trozos de información– se colocan, por consiguiente, en el lugar que se les asigna, a la espera de ser requeridos por historiadores e investigadores, quienes una vez más, reorganizan la información en función de sus fines³⁶. La relación entre archivero e historiador es traumática. Los archiveros llevan a cabo, en cierto sentido, tareas de historiador, y los historiadores, también de alguna manera, realizan tareas de archivero.

El proceso dinámico propio de esta relación se perpetúa por sí mismo: la documentación siempre necesita el respaldo de otra documentación. Los gestores y políticos, los historiadores e investigadores sociales y la sociedad en general, se ve envuelta en esta práctica, es casi ley de vida por así decirlo, y los archivos dependen de ello.

Los archivos promueven de forma activa el modelo documental en la sociedad³⁷. Es más, muchas veces han favorecido la democratización del modelo documental y el uso masivo de documentos. El acceso y uso de los archivos ya nunca más estará restringido a lo público o a los investigadores e historiadores. Tal como apuntó un historiador,

Mais l'ambition nouvelle des archivistes est que la masse des documents réunis par eux ne serve pas seulement à l'historien spécialiste, mais soit aussi mise au profit pour développer dans la population scolaire le goût de l'histoire et dans le publi en général la culture historique³⁸.

El interés de la archivística moderna como servicio público –lo que algunos han denominado “marketing”– es reflejo de la realidad democrática política y económica, así como de las preocupaciones institucionales y profesionales. Por tanto, los programas de puertas abiertas, las exposiciones, conmemoraciones de acontecimientos y personajes buscan impulsar el consumo documental³⁹.

Curiosamente, algunos historiadores han denunciado su preocupación con respecto a la abundancia de información histórica. Pierre Nora, por ejemplo, habla de la “*mémoire enregistreuse, qui á délègué à l’archive le soin de se souvenir*”, lo que ha propiciado una sociedad que vive en “*la religion conservatrice et dans le productivisme archivistique*”. La memoria se ha convertido en “*la constitution gigantesque et vertigineuse du stock matériel*”⁴⁰. Hace veinticinco años, antes de que fuésemos plenamente conscientes de la revolución de la información electrónica que se nos avecinaba, Elizabeth Eisenstein escribió sobre lo que ella misma denominó “*la tribulación presente*” que ella achacaba a la “*industria del conocimiento*”:

*No se trata de un principio de amnesia lo que explica los problemas actuales, sino de una necesidad de recuerdo más intensa de la que haya experimentado ninguna generación anterior. La recuperación constante, sin eliminación, y la acumulación, mucho mayor que el expurgo, nos ha conducido a la situación actual... Se debería plantear la cuestión de que el panorama histórico actual está menos directamente determinado por lo que ha sucedido en el mundo fuera de las bibliotecas y las aulas que por lo que está sucediendo dentro de estas. Así, se podría mostrar un aspecto del impacto de una revolución en las comunicaciones que comenzó hace cinco siglos y aún continúa con ímpetu creciente. Espero también mostrar que los medios de comunicación disponibles tienen que tenerse en cuenta cuando se trata de analizar la conciencia histórica de cualquier época*⁴¹.

Desde una perspectiva radicalmente distinta, y con intereses también completamente diferentes, Dominick LaCapra, un historiador crítico americano, ha comunicado sus reservas sobre la historia positivista denunciando la influencia excesiva del “*modelo documental*” de conocimiento en la metodología historiadora. Los partidarios de dicho modelo muestran una debilidad por “*los documentos de apariencia directamente informativa, como puedan ser informes administrativos, testamentos, registros, diarios, auditorias de cuentas y similares*”. En este sentido, “*un modelo documental restringido u objetivista toma lo que en ciertos aspectos es una condición necesaria o una dimensión crucial de la historiografía y la convierte en una definición virtualmente exhaustiva*”. Así, LaCapra califica sin rodeos como “*obsesión*” de la investigación archivística actual el objetivo generalizado por descubrir algún hecho, figura o fenómeno “*injustamente ignorado*”, deseando convertirlo en una “*tesis*” que pueda acompañarse con el nombre de el/la investigador/a en cuestión⁴².

Este tipo de advertencias constituyen la excepción que confirma la regla. La percepción de los archiveros de que los historiadores tienen un apetito insaciable por cada trozo de papel, según la idea de que la mayoría de los documentos tienen algún tipo de valor histórico que los redime, probablemente no esté lejos de ser cierta. De hecho, la captura de nuevos documentos –material fresco, como dirían los actores– que despierten la posibilidad de nuevas perspectivas y descubrimientos, más que la relectura y la reinterpretación de documentos ya conocidos y vistos, parece ser la preocupación reinante para la mayoría de historiadores contemporáneos. Esto suena parecido a la observación ya planteada en algunos estudios sobre la historia del método y proceso científicos que sugiere que el conocimiento no es acumulativo. Una vez que aparece una nueva teoría o paradigma los datos sobre los que se apoyaba la teoría anterior se ignoran y descartan. ¿Son cada vez más propensos los historiadores a desechar para siempre las fuentes de información ya usadas y anteriormente útiles y dirigirse hacia nuevos tipos de documentación en la medida en que entran en juego nuevas perspectivas, conceptos, métodos o paradigmas en el campo histórico en el que investigan? ¿Se ha convertido también en un modelo de comportamiento entre los historiadores, por ejemplo, que un documento sea consultado una vez y que luego ya no se consulte por parte de otros investigadores dado que lo que ansían es establecer su propio sello distintivo mediante la búsqueda de otros documentos, no descubiertos, de los que esperan obtener una interpretación diferente y prestigiosa? Y si es así, ¿son los archivos cada vez más unos lugares para la recopilación de documentos, cada uno de los cuales se consultará cada vez menos? ¿Hay algo de cierto en que la generalización de que incluso los documentos “más importantes” en raras ocasiones se consultan más de una vez? ¿Nos estamos enfrentando y favoreciendo una comunidad de consumidores cuya principal preocupación es la localización del documento revolucionario que se pasó por alto –una mirada nueva– o que fue ignorado por todos en ese campo científico, y estamos por tanto en la situación de un número infinito de consultas únicas? Siendo así, ¿qué consecuencias implicaría todo ello para la política de adquisiciones o para la de restricción de accesos?

El sociólogo francés Jean Baudrillard ha situado la dirección que está tomando la documentación actual en un contexto fenomenológico más amplio, que él denomina la “estrategia fatal” de la sociedad moderna. Esta estrategia excluye las saludables restricciones intrínsecas del “modo dialéctico”, tales como la reconciliación, la síntesis y el equilibrio, para dejar paso a los antagonismos radicales, un “auge de los extremos” que son claramente perceptibles en los episodios de “proliferación infinita” sintomática de nuestra “hiperdeterminación” e “hiperfuncionalidad”. De un modo más oscuro Baudrillard encuentra en el cáncer una enfermedad de sobreproducción (celular), un símil válido para la “hiperactividad” de las sociedades modernas.

Es el comportamiento auténtico de la célula cancerígena (hipervitalidad en una sola dirección), de la hiperespecialización de los objetos y las personas, de la operatividad del más mínimo detalle y de la hipersignificación de las señales más sutiles: el leitmotiv de nuestras vidas cotidianas. Pero es también la misma úlcera secreta de cualquier sistema cancerígeno: que afecta a la comunicación, la información, la producción y la destrucción⁴³.

La significación sobreestimada de las señales, de la comunicación y de la información, sostiene Baudrillard, es equiparable a la obsesión por determinar las causas, por localizar el origen, los cuales, además, terminan ocultando la finalidad. Y es esta ocultación de los fines lo que produce la mentalidad documental: por cada documento encontrado hay siempre otros que autorizan a sus descubridores para menoscabar o sepultar el primero con nuevos argumentos: un documento siempre necesita, señala o predispone a la explicación de otro⁴⁴. Y así transcurre la conquista del historiador sobre el documento que revelará las causas no descubiertas –en algún momento Marc Bloch se refirió a “la hantise des origines”– y que pondrán en duda algún informe anterior. Para expresar esta situación Baudrillard afirma que es

la hipertrofia de la investigación histórica, el delirio de dar una explicación a todo, de atribuirlo todo a algo, de crear referencias entre todo... Todo esto se transforma en una carga impresionante – las referencias se nutren unas de otras y a costa de las demás. Estamos de nuevo ante un sistema de interpretación excesivo que se desarrolla sin ninguna relación con su objetivo. Todo esto es consecuencia de no haber frenado antes esa hemorragia de causa objetivas⁴⁵.

Esté uno o no de acuerdo con este crudo retrato epidemiológico posmoderno de alienación y desorientación que presenta Baudrillard, es conveniente señalar que la propia esencia de la industria informática confirma sin darse cuenta el diagnóstico de Baudrillard (si bien no su pronóstico) de hipervitalidad: en los últimos años, con la llegada del *hipertexto*, la revolución de la información parece estar de nuevo al borde de ser catapultada a una nueva fase más. Este concepto promete una textualidad interactiva y unos vínculos (conectividad) infinitamente extensivos a otros textos y bases de datos mediante módems y otras formas de telecomunicación, durante el acto de creación textual. La perspectiva de Ted Nelson, uno de los principales promotores del concepto de hipertexto, ha sido descrita como sigue:

El hipertexto se puede aplicar tanto al estudio académico como a la poesía. La proporción y volumen de la publicación científica ha sobrepasado la capacidad de nuestra vieja era impresa... Con el sistema del hipertexto, cada documento

científico podrá tener vínculos a sus antecedentes intelectuales y a documentos relacionados con su problemática. Todo el corpus de bibliografía científica relevante podría estar comprimida en cada documento individual. Los enlaces actuarían igual que las notas a pie de página, pero con el acceso inmediato a cada material citado, como si cada nota fuese una ventana o puerta hacia el documento citado⁴⁶.

Este síndrome “hipertextual” es sin duda parte de los problemas a los que se refería Baudrillard cuando hablaba de la “hipervitalidad” de la información y la “hipertrofia” de la investigación histórica. Está próximo también, seguramente, a lo que Dominick LaCapra encuentra de desconcertante en el modelo documental de historia⁴⁷.

III

Algunos pueden argumentar que no es la principal responsabilidad del archivero dirimir la cuestión de si todos los variados temas tratados en las secciones anteriores afectan o no al orden, la procedencia y la autoría, y también si la hiperactividad y el frenesí documental e informativo tendrán implicaciones mayores para los archivos. Pero más difícil de entender es cómo los archiveros que se toman en serio la tarea archivística y el establecimiento y mantenimiento de un orden de valor en su campo pueden ignorar toda esta convulsión. ¿Cómo pueden los archiveros no reflexionar sobre la creación de un orden de valor, si este surge de un orden original, si es el orden al que siempre ha hecho referencia el principio de procedencia, o si es el orden que seguramente ha derivado en el pasado de asignar valores a los documentos, en cualquier soporte, por su unicidad u originalidad, o por la autenticidad de su autoría? Ciertamente, el desafío que encierran estos recientes análisis literarios, sociológicos y filosóficos de la sociedad contemporánea deben ser tratados para reformular y reforzar, o al menos para revisar, la delgada capa de teoría, y el considerable cuerpo de trabajo metodológico, sobre la que se apoya la archivística moderna. Para ello, los archiveros deben mantener una cierta distancia del universo de información – del que, pese a todo, indudablemente forman parte. Sin embargo, esto debe ser la opinión de otra perspectiva, no la diferencia de una objetividad. La promesa de un desarrollo profesional mejorado, en estatus y beneficios, así como el temor a la marginación, ha inducido a muchos autores a enmarcar a los archiveros dentro del ámbito de la gestión de la información⁴⁸: a los archiveros se les ha arengado para que dejen lo que Hugh Taylor llama “la vía histórica”⁴⁹ hacia un nuevo mundo de especialización de la información. Con ello se sugiere que nuestros ingresos, seguridad y talla profesional aumentarán en los próximos años. Al mismo tiempo, y al hilo de ese poder integrador creciente (vínculos) de la comunicación





electrónica que Michael Heim describe, la continuidad de los archivos como un “centro” de conocimiento y experiencia interpretativa únicos, más que como un lugar indiferenciado dentro de un enorme circuito eléctrico/informacional, que irá siendo cada vez más problemático. La imperceptible evaporación de la frontera que separa a los archiveros de los gestores de información presagia la renuncia, por no decir la deserción, de nuestro cometido cultural; ello significa una mutación desde el enfoque de práctica cultural a la práctica administrativa. Y esta estrategia puede que no resulte fatal para los archivos como *profesión*, pero será fatal para los archivos como *disciplina* cultural⁵⁰.

Que no me malinterprete el lector. Esto no es un sermón para alentar a los archiveros a que sucumban a la tecnofobia y se enrolen a una lucha a ultranza contra la usurpación de la información o contra una revolución cognitiva fuera de sus muros porque la revolución hace tiempo que ya ha roto esos muros. Por el contrario, es responsabilidad de los archiveros el hacer frente a este momento, sin duda histórico, con un objetivo cultural crítico. Esta obligación trae consigo la incorporación de la sociedad de la información/industria del conocimiento en la visión o perspectiva archivística de la realidad, incluyendo sus principales agentes (administradores, archiveros, bibliotecarios, gestores y técnicos), sus técnicas (métodos, estrategias y tecnologías), así como sus conceptos (“sistemas de toma de decisiones”, “sistemas de gestión de la información”, “administración de datos” y, sobre todo últimamente, “gestión de recursos de información”) y su geografía cada vez más disforme (centros –“contextos”, bases de datos vs seguridad–, “proceso de distribución de datos”, “redes de área local”). Los archiveros han de enfrentarse de lleno o traducir *términos* archivísticos. Considero que los principios, prácticas y teorías que hasta ahora han conformado la ciencia archivística están siendo ahora desafiados como nunca lo habían sido antes. La situación de los archivos puede compararse a la de la medicina. Los avances en tecnología médica y biológica han llevado a científicos, filósofos, políticos y teólogos a cuestionarse –restrospectiva y futuriblemente– premisas cruciales que han guiado la práctica médica, incluyendo el significado y valor de la salud y la vida. De manera semejante, la proliferación de tecnologías de información y comunicación está obligándonos –o al menos debería hacerlo– a replantear el significado de la mayoría de nuestros principios básicos, incluyendo el significado de los conceptos de procedencia, orden original, documento y archivo.

Para los archiveros, abstraerse de la conciencia y la crítica cultural sería tanto como una irresponsabilidad profesional. Equivaldría a desentenderse de la tarea única y esencial que tiene, o debería tener, cada generación de archiveros de completar continuamente sus recursos intelectuales y reafirmar su trascendencia cultural. Algunos archiveros ya han ofrecido argumentos elocuentes a favor del esfuerzo cultural como algo esencial más que como una parte residual o

secundaria de su labor. Algunas propuestas de investigación y estudio archivístico han insistido convenientemente en la necesidad de los archiveros de entender las prácticas de otros profesionales –administradores y gestores de documentos, por ejemplo⁵¹– mientras que otros han refinado y adaptado de forma constante la práctica archivística en sí misma. Las observaciones anteriores pueden reducirse al siguiente axioma: aquellos que animan al archivero a fomentar una relación más estrecha con los dominios de la administración y gestión de la información están estableciendo o manteniendo una distinción que no hace diferencias; y aquellos que están intentando conservar el papel histórico-cultural de los archiveros quieren mantener una distinción que sí implica diferencias. Aquellos que hacen hincapié en esta necesidad de potenciar la investigación, con todo, no han conseguido hasta ahora articular o contextualizar la esencia cultural de la práctica archivística de modo que se agudice y fortalezca su objetivo y posición crítica. Mientras continúen ciegos o indiferentes hacia esta tarea de autocritica, los archiveros seguirán estando amenazados, con el consiguiente debilitamiento de su vigor y propósito cultural, y su energía será neutralizada cada vez más por el peso producido por el circuito de gestión de información electrónica⁵².

Por último, su apego a conceptos como orden original, procedencia y *respect des fonds*, que son propiamente creaciones históricas de una época históricamente reconocible en sí misma, lógicamente sitúa a los archiveros ante la concepción de que su propia labor, pese a ello definida, como todas las acciones humanas, refleja fielmente su tiempo, y sólo puede ser entendida dentro del contexto de su cultura histórica. Es extraño, por tanto, que los archiveros hayan evitado hasta ahora observar los archivos desde su propia historia cultural, desde la contingencia temporal de las prácticas que ellos mismos han adoptado, y continúan observándolos casi exclusivamente como espectadores con una visión panorámica, como si estuvieran al margen de la cultura. Quizás esto se deba a que los archiveros solían considerarse a sí mismos como unos catalizadores neutrales, como simples apoyos o servidores –como meros instrumentos– de la cultura supuestamente auténtica creadora de disciplinas⁵³. En otras palabras, los archivos parecen haber tenido más que ver con lugares culturalmente transparentes que con agentes constituyentes u objetos inmersos en una estructura más amplia e históricamente caracterizable que tanto condiciona como es condicionada por la práctica archivística mediante una dinámica de relaciones y negociaciones sociales y culturales⁵⁴. Esta perspicacia disciplinar, sin embargo, requiere que los archiveros se involucren en un autoanálisis de crítica cultural. Los archiveros, especialmente los historiadores públicos, deben enfrentarse, por ejemplo, a aspectos como escribir sobre la historia administrativa. Más allá de comprender que la teoría y práctica administrativa se desarrolla según los fenómenos históricos y sociales sobre los cuales los historiadores llevan años debatiendo⁵⁵, los ar-

chiveros deben regresar a la conciencia historicista de su enfoque histórico de la administración en sí. Tom Nesmith ha introducido la percepción fundamental de que la misión de los archiveros es estudiar y entender la historia del documento⁵⁶. Si queremos que esto se afiance en nuestro trabajo, debemos aplicarlo continuamente a nuestra propia metodología archivística, que forma parte integral de la propia documentación. La historia del documento no se detiene en las puertas de los archivos. Los archivos participan en esa historia.

IV

Este artículo ha pretendido conseguir tres objetivos. Ninguno de ellos, tal y como se manifiesta en la introducción, pretende darle la vuelta a las estrategias y técnicas archivísticas actuales. Más bien, el propósito era obligar a los archiveros a poner su atención en la experiencia y sensación histórica y cultural del ejercicio de la archivística. Alguno puede llamar a esto el estudio de la relación entre la palabra y el mundo. Ello nos alienta a observar quiénes somos mediante la reflexión sobre el cuándo, el dónde y el por qué hacemos lo que hacemos (técnica) y sobre el cómo, qué, dónde y por qué escribimos sobre ello (teoría).

En primer lugar, este trabajo trata de una exploración heurística de la relevancia del antihumanismo actual de la información, el conocimiento y la comunicación y por tanto, de los archivos. A pesar de las referencias en los epígrafes anteriores sobre la necesidad de los archiveros de entender los “actores” (autores) del universo informativo, se ha intentado rebatir (que no negar) un concepto clave de la metodología archivística: el de procedencia/record group⁵⁷. En el inicio de este artículo, el poema de Eli Mandel “Ventriloquists”, ya evoca este problema. En este caso es un poeta, por tanto miembro de una de las artes más creativas, el que, al menos de forma implícita, expresa (o contempla) su escepticismo sobre el sentido de la creatividad, la originalidad y la autoría en la comunicación humana; incluso en la palabra poética –supuesto modelo de la percepción y la expresión original– en la que todos en mayor o menor medida hablamos y escribimos alguna vez, no parece estar al margen de la observación de Mandel. La creatividad, la originalidad y la identidad del autor todas aparecen expuestas a las ambigüedades, por no decir delirios, perpetradas por una especie de ventrilocuismo social. En segundo lugar, este ensayo también reanaliza el concepto de orden *original*. Y lo hace mediante la observación de este principio a la luz de algunas cuestiones que son tratadas por los teóricos literarios y sociales así como por historiógrafos y filósofos de la historia, que han incluido en sus análisis e interpretaciones algunas teorías polémicas sobre la condición de los textos y los archivos, los documentos y de manera genérica, la información en el proceso histórico de generación de cultura.

El punto final de este artículo, que en realidad va unido a los dos anteriores, es que los archivos deben ser considerados como un objeto idóneo del análisis histórico y cultural, independientemente de si esa tarea es asumida por los archiveros o por otros profesionales. Esto es un alegato para reclamar la conciencia histórica y cultural de nuestra situación. En definitiva, lo que se ha presentado aquí es una glosa de la significación cultural de la metodología archivística.

Notas

¹ Victor Shklovsky, ed., citado en *Twentieth-Century Literary Theory. A Reader*, por K.M. Newton (New York, 1988), pp. 23-24. En términos generales, el arte busca una “crítica radical de la representación de convencionalismos que se han convertido en una naturaleza añadida, que determina que veamos lo que vemos, que condiciona nuestro comportamiento en la vida...” Geoffrey H. Hartman, *Criticism in the Wilderness. The Study of Literatura Today* (New Haven, 1980), p. 112.

² Sobre las primeras consideraciones acerca de la importancia de la historia del pensamiento para los archivos véase Terry Cook, “Nailing Jelly to the Wall: Possibilities in Intellectual History”, *Archivaria* 11 (Winter 1980-81), pp. 205-18; y Cook, “Leaving Safe and Customed Ground: Ideas for Archivists”, en *Archivaria* 23 (Winter 1986-87), pp. 123-28.

³ Véase, por ejemplo, John Toews, “Intellectual History after Linguistic Turn: The Autonomy of Meaning and the Irreducibility of Experience”, en *American Historical Review* (1987), pp. 879-907, y David Harlan, “Intellectual History and the Return of Literature”, en *American Historical Review*, 94, 3, (June 1989), *passim*. Para una crítica materialista sobre el énfasis dado actualmente a la importancia del lenguaje en el análisis histórico, véase Brian D. Palmer, *Descent Into Discourse. The Reification of Language and the Writing of Social History* (Philadelphia, 1990), *passim*. Para una crítica literaria de esta línea de investigación, véase James Battersby, “The Inevitability of Professing Literature” en Richard Fleming Payne, ed. *Criticism, History and Intertextuality* (Lewisburg, 1988), pp. 61-76.

⁴ Sin embargo, algún historiador ha denunciado recientemente la ausencia virtual de autoanálisis de la práctica museística entre los profesionales de museos. Véase Thomas J. Schelereth, *Cultural History and Material History. Everyday Life, Landscapes, Museums* (Ann Arbor, 1990), pp. 306 ss. Para un informe canadiense véase Archie F. Kay, *Beyond Four Walls. The Origins and Development of Canadian Museums* (Toronto, 1973).

⁵ Esto parece ser una realidad, al menos en lo que se refiere a los historiadores contemporáneos que estudian la historia moderna, incluyendo a los historiadores canadienses. La obra de Maria Tippett sobre la historia de la cultura canadiense, por ejemplo, presta bastante atención a instituciones como galerías de arte, museos y conservatorios musicales, pero sólo se refiere de pasada a los archivos. Véase su *Making Culture. English-Canadian Institutions and the Arts before the Massey Comisión* (Toronto, 1990). La omisión del significado social y cultural de los archivos también se puede deducir con una revisión de la bibliografía sobre historia intelectual y cultural. Véase, por ejemplo, Maria Tippett, “The Writing of English-Canadian Cultural History, 1970-1985” en *Canadian Historical Review*, 67 (1986), y A.B. McKillop, “Culture, Intellect, and Context: Recent Writing on the Cultural and Intellectual History of Ontario”, en *Journal of Canadian Studies*, 24, 3, (Autumn 1989).

Una excepción reciente a esta observación es un estudio que tiene en cuenta el importante papel de los archivos en vísperas de la Revolución Francesa como “arsenales ideológicos” empleados para legitimar los estamentos deseados para situar el poder político –bien el parlamento, la corte suprema o la monarquía– con la presentación de argumentos basados en la determinante veracidad de los documentos históricos. Véase Keith Michael Baker, *Inventing the French Revolution. Seáis on French Political Culture in the Eighteenth Century* (Cambridge, 1990), cap. 2.

En la bibliografía archivística, la mayoría de las obras norteamericanas sobre historia y práctica archivística tienen un aire descriptivo o hagiográfico. A menudo el análisis histórico permanece dentro de los límites de las cronologías administrativas, o de declaraciones de pruebas de la importancia de los archivos *para* la historia cultural más que *como* historia cultural. Esta es la perspectiva de Royal Commissions, comités de trabajo y otros estudios e informes de investigación gubernamentales. Véase, por ejemplo, el Informe de Symons Comisión y el Informe Wilson. Además, T.H.B. Symons, "Archives and Canadian Studies", en *Archivaria* 15 (Winter 1982-83), pp. 58-69, y Ian Wilson, "A Noble Dream: The Origins of the Public Archives in Canada", en *Archivaria* 16 (Summer 1983), pp. 16-37.

Existe, sin embargo, una serie de excepciones que de un modo restringido tratan de hecho la práctica archivística como un objeto propio del análisis y la interpretación histórica y cultural. Véase James O'Toole, "On the Idea of Permanence", en *American Archivist* 52, 1, (Winter 1989); Maynard Brichford, "The Provenance of Provenance in Germanic Areas", en *Provenance*, 7, 2, (Fall 1989), pp. 54-70; Richard Stapleton, "Jenkinson and Schellenberg: A Comparison", en *Archivaria* 17 (Winter 1983-84), pp. 75-85; Robin G. Keirstead, "J. S. Matthews and an Archives for Vancouver, 1951-1972", en *Archivaria* 23 (Winter 1986-87), pp. 86-106; Carman Carroll, "David W. Parker: The «Father» of Archival Arrangement at the Public Archives of Canada", en *Archivaria* 16 (Summer 1983), pp. 150-54. Por último, véase el capítulo sobre "On the Value of Archival History in the United States", en Richard J. Cox, *American Archival Analysis. The Recent Development of the Archival Profession in the United States* (Metuchen, N.J., 1990), pp. 186, 328. Véanse además varios trabajos de Ernest Posner, Hugh Taylor y Hans Booms. Pese a ello, incluso estos son en gran medida trabajos limitados al ámbito interno, que pasan por alto el contexto superior social, cultural e intelectual.

⁶ Terry Cook alude claramente a esta necesidad en su obra. Véase "From Information to Knowledge: An Intellectual Paradigm for Archives" en *Archivaria* 19 (Winter 1984-85), p. 46.

⁷ Sobre la sociología de la basura véase Michael Thompson, *Rubbish Theory. The creation and destruction of value* (Oxford, 1979). Curiosamente, a la metáfora de la suciedad, la basura y el excremento se ha recurrido al hacer valoraciones sobre la propia noción de historicidad. Véase Geoff Bennington, "Demanding History", en *Poststructuralism and the question of history*, ed. Derek Attridge et al. (Cambridge, 1989), pp. 18-19,

⁸ Hugh Taylor ha escrito un artículo sobre "ecología informativa". En cualquier caso, como se comprobará más adelante, su significado de la expresión difiere del uso que se le da aquí. Véase Hugh Taylor, "Information Ecology: Archives in the 1980s", en *Archivaria* 18 (Summer 1984), pp. 25-37.

⁹ Mary Douglas, *Purity and Danger. An Analysis of the Concepts of Pollution and Taboo* (London, 1984), p. 2. Sobre la importancia de la destrucción de información para dar forma a la conciencia histórica, véase Hans Kellener, "Time Out: The Discontinuity of Historical Consciousness", en *History and Theory*, 14 (1975), p. 295.

¹⁰ Por supuesto, el deterioro físico de los documentos también es una amenaza para el orden archivístico. El polvo, la humedad, las variaciones de temperatura y una iluminación incorrecta, por ejemplo, no tienen cabida en los archivos.

¹¹ O'Toole, op. cit. *passim*.

¹² Con respecto a la "masa de documentos" que necesita nuevas estrategias archivísticas, Gerald Ham sugiere que los archiveros tradicionalmente hemos sido "extraordinariamente introspectivos, preocupados por nuestro propio *jardín*, y muy poco conscientes del enorme paisaje histórico y social que lo rodeaba": "Archival Strategies in the Post-Custodial Era", en *American Archivist*, 44, 3 (Summer 1981), p. 207 [énfasis añadido]. Aunque hay parte de verdad en la afirmación de Ham, yo sugeriría que la elección del término "jardín" es quizá una constatación indirecta de que en algunos casos los archivos se han constituido no sólo como un lugar de introspección sino de demarcación consciente, que no es lo mismo. Al menos hoy, el aislamiento o insularidad de los archivos establece una dualidad entre un dominio de orden y el universo de información del mundo exterior, cuyas complejidades los archiveros cuando menos intuyen y que en todo caso perciben como amenazas al orden archivístico en su espacio teórico y físico. La analogía de un ciclo de vida convencional, que sitúa a los archiveros en el punto más lejano de un continuo, puede ser más apropiado, ya que conserva el sentido de distanciamiento, que pone de relieve Ham, y al mismo tiempo reconoce de modo realista la integración de los archivos en el mundo exterior.

¹³ F. Gerald Ham, "Archival Choices: Managing the Historical Record in an Age of Abundance", en *American Archivist* 47, 1 (Winter 1984), p. 16.

¹⁴ Michel Foucault, *The Order of Things. An Archaeology of the Human Sciences* (New York, 1973), p. 1311. Puede ser interesante hacer una breve referencia a la importante conexión entre orden, espacio y memoria

eficaz en los tratados clásicos y medievales sobre nemotecnia. Se pensaba que se podía fortalecer la memoria mediante la asociación de determinadas imágenes a habitaciones o rincones concretos de un edificio –que podía ser real o un palacio o iglesia imaginados–. Estas estructuras, reales o ficticias, servirían, en efecto, como “espacios de almacenamiento”. Cicerón, por ejemplo, destacaba que la clave de este tipo de sistema de memorización u otros métodos nemotécnicos era la relación entre lugar y orden: “los que deseen ejercitar esta capacidad [de memoria] deben elegir lugares y formar imágenes mentales de las cosas que quieren recordar y almacenar dichas imágenes en esos lugares, de forma que el orden del lugar actuará como conservador del orden de las cosas, y las imágenes de los objetos indicarían las cosas en sí mismas, y utilizaríamos lugares e imágenes respectivamente como tablas de cera y las letras escritas sobre ellas”. Un sabio medieval explicaba reglas semejantes para desarrollar una memoria eficaz: las cosas que mejor se recuerdan son las que encierran un orden en sí mismas; si un hombre quiere retener algo en su memoria, lo que debe tener en cuenta es cómo poder ordenarlas, para que del recuerdo de una cosa vaya trayendo a la mente la siguiente; aquello que queremos recordar debemos situarlo en lugares concretos y similares. Cicerón añade que los lugares son como tablillas, o papel, y las imágenes como las letras, de modo que situar esas imágenes es como escribir, y hablar es como leer. Frances A. Yates, *The Art of Memory* (London, 1984), pp. 2, 87 and *passim*; y Jonathan D. Spence, *The Memory Palace of Matteo Ricci* (London, 1893), p. 2 and *passim*.

Con respecto a la distinción entre memoria e historia, con todo, véase Pierre Nora et al., *Les Linx de Mémoire I: La République* (París, 1984), pp. xvii-xxv. (Quiero dar las gracias a Tom Nesmith por haberme dado a conocer esta obra). Véase también Paul Connerton, *How Societies Remember* (Cambridge, 1989); Michael Clanchy, *From Memory to Written Record: England, 1066-1307* (London, 1979); o Michael Clanchy, “Tenacious Letters: Archives and Memory in the Middle Ages”, en *Archivaria* 11 (Winter 1980-81), pp. 115-25; y Jacques Derrida, *Dissemination*, traducido por Barbara Johnson (Chicago, 1981), p. 107 y parte II, *passim*.

¹⁵ David Bearman, “Multisensory Data and its Management”, en *Management of Recorded Information. Converging Disciplines*. Proceedings of the International Council of Archives’ Symposium on Current Records. National Archives of Canada, Ottawa, 15-17 May 1989. Comp. Cynthia Durance (Munich, 1990), *passim*. Véase además la próxima obra de Terry Cook, *The Concept of the Archival Fonds*, Ocasional Paper no. 3 (Ottawa: Planning Comité on Descriptive Standards, Bureau of Canadian Archivists), part 5.

¹⁶ Curiosamente, Taylor recurre al anacronismo agrario de la labranza: “los documentos y la información que contienen deben ser cultivados con el mayor esmero, si se quiere lograr una cosecha abundante de conocimiento...” Taylor, “Information Ecology: Archives in the 1980s”, p. 37.

¹⁷ Contra los peligros de la “presentemania”, sir Hilary Jenkinson reivindicaba que la práctica archivística debía implicar un esfuerzo consciente por reflejar de forma fidedigna las instituciones que generaban los documentos y su época, y no los intereses de investigación actuales: “En relación con las tareas que tiene encomendadas, el archivero sólo debe ser moderno en aquellos puntos referidos a los equipamientos, la conservación y asuntos de esa índole; para todo lo demás debe compenetrarse con los archivos, sus intereses han de ser los de estos, igual que su período y su punto de vista”. Véase Jenkinson, *A Manual of Archive Administration* (London, 1966), p. 124. Dicho de otro modo, Jenkinson parece decir que los archiveros deben esforzarse por garantizar que la práctica archivística, el tratamiento de los documentos, refrende que los documentos sean reflejo objetivo de su época. Véase también la nota n. 54.

¹⁸ Frank Boles, “Disrespecting Original Order”, en *American Archivist* 45, 1 (Winter 1982), pp. 26-32.

¹⁹ Mario D. Fenyo, “The Record Group Concept: A Critique”, en *American Archivist* 29, 2 (April 1966), pp. 229-240; Peter J. Scott, “The Record Group Concept: A Case for Abandonment”, en *American Archivist* 29, 4 (October 1966), p. 502. Véase además Michel Duchein, “Theoretical Principles and Practical Problems of Respect des Fonds in Archival Science”, en *Archivaria* 16 (Summer 1983), pp. 68-81. Más recientemente, David Bearman y Richard Lytle han abordado las limitaciones del concepto de serie. Véase su “The Power of the Principle of Provenance”, en *Archivaria* 21 (Winter 1985-86), pp. 19-21. Por último, Terry Cook expone un contundente argumento para desestimar el concepto de record group en *The Concept of the Archival Fonds*, part 4.

²⁰ Paul Ahlberg, “The Record Group Concept in Contemporary Archives”, en *IASSIST Quarterly* 13, ? (Fall/Winter 1989), p. 5.

²¹ La frase exacta de Buck es: “Lo que propongo es que se haga agrupando material cuya consideración no venga sólo dada por el principio de procedencia sino también por la conveniencia en la colocación y la descripción”. Citado en Fenyo, “The Record Group Concept: A Critique”, p. 231.

²² Es interesante señalar las distintas interpretaciones posibles del término francés “donné”, que podemos traducir como “dado”, “información” o “datos”. Véase Michel De Certeau en la nota 33.

²³ Unos veinte años antes, sir Hilary Jenkinson revelaba la urgente necesidad de la “creación de archivos” frente a la simple “conservación de archivos”. En otras palabras, Jenkinson anticipaba la conveniencia de modificar la preocupación tradicional por la “conservación de la calidad de los archivos” a un estadio más allá: los archiveros podían verse obligados a “intentar tener en cuenta la posibilidad de crear [la calidad de los archivos]; esto es, intentar un equilibrio entre el deseo de servir a las necesidades del futuro y la determinación de copiar la imparcialidad del pasado; para fomentar la creación de archivos en adelante, mientras se evita la posibilidad de hacer propaganda sobre en qué deben convertirse los archivos en la posteridad. Este problema, en su mayor parte,... si no es nuevo, al menos se ha intensificado mucho en la época actual”; Jenkinson, *A Manual of Archive Administration*, pp. 156-57, 190 y parte IV, *passim*.

²⁴ Véase Bernward Joerges, “Images of Technology in Sociology: Computer as Butterfly and Bat”, en *Technology and Culture* 31, 2 (April 1990), pp. 203-27; Gareth Morgan, “Paradigms, Metaphors and Puzzle Solving in Organizational Theory”, en *Administrative Science Quarterly*, 25 (1980), pp. 605-22; Morgan, “More on Metaphor: Why We Cannot Control Tropes in Administrative Science”, en *Administrative Science Quarterly*, 28 (1983), pp. 601-07; y Craig Pinder y V. Warren Bourgeois, “Controlling Tropes in Administrative Science”, en *Administrative Science Quarterly*, 27 (1982), pp. 641-52.

²⁵ La expresión “lugar natural” es de Oliver Wendell Colmes. Véase “Archival Arrangement - Five Different Operations at Five Different Operations at Five Different Levels” en Maygene Daniels y Timothy Walch, eds. *A Modern Archival Reader. Basic Readings in Archival Theory and Practice* (Washington, 1984), p.162. El artículo de Holmes es confuso conceptualmente al tratar la réplica del orden original. Indistintamente emplea palabras como “natural”, “lógico”, “racional” y “ordenado” para caracterizar la organización original de los documentos. Por ejemplo, Holmes parece afirmar que una aparente ausencia de orden en un conjunto de documentos equivale a una ausencia de orden original. ¿Pero son ambas equivalentes? Podría decirse que la falta de esfuerzo o habilidad organizativa de la institución creadora no es lo mismo que ausencia de orden original. Dicho orden original está presente en ese desorden aparente. Sobre este aspecto véase Duchein, “Theoretical Principles and Practical Problems”, p. 78, donde Duchein cita casos excepcionales en los que la colocación archivística tiene que hacer caso omiso del principio de orden original, que sería más bien “desorden” original.

²⁶ Véase Jonathan Pepler, “The impact of computers on classification theory”, en *Journal of the Society of Archivists* 11, 1 & 2, (1990), p. 28, sobre el tema de una “clasificación artificial” archivística que “no emana de forma natural de los propios documentos”. Véase también Cook, *The Concept of the Archival Fonds*, part 4.

²⁷ Joseph Rouse, *Knowledge and Power. Toward a Political Philosophy of Science* (Ithaca, 1987), p. 101. El concepto de micromundo aparece por vez primera en la obra de Bruno Latour y Steven Wilgar, *Laboratory Life. The Social Construction of Scientific Facts* (Princeton, 1983), cap. 3.

²⁸ Si tienen alguna validez, estas consideraciones tienden a aminorar una de las formulaciones más fuertes sobre el argumento de la coincidencia estructura-procedencia, que fue enunciado por los archiveros holandeses Muller, Freith y Fruin en 1898. Empleando el lenguaje de la inevitabilidad lógica, afirmaron: “No es, de hecho, una gran predilección por este sistema lo que nos impulsa a recomendarlo, sino la consideración de que el archivero que reflexione sobre su plan en el futuro y quiera llevarlo a cabo de forma consistente, estará obligado a adoptarlo”. S. Muller et al., *Manual for the Arrangement and Description of Archives* (New York, 1968), pp. 56 y cap. 2 *passim*. Sin embargo, es conveniente señalar que nuestra intención aquí no es tanto rebatir la perspectiva holandesa como ofrecer para que sea tenido en cuenta un argumento “suave” en lugar de la “dura” e inflexible versión del universo informativo que encierra la teoría holandesa de la disposición archivística. (Cuando Michel Foucault “pospone” nuestras unidades, formulaciones, estrategias y regularidades discursivas no lo hace para rechazarlas definitivamente, sino para permitirnos ir más allá de la manera en que el conocimiento (discursivo) se divide y se configura en función de disciplinas, instituciones y tradiciones. Véase Foucault, *The Archaeology of Knowledge*, *passim*).

²⁹ Véase Cook, *The Concept of the Archival Fonds*, part 4.

³⁰ Por ejemplo, esta cuestión ha surgido como tema preponderante en recientes obras de filosofía y teoría y crítica literaria. En su análisis del aspecto de la cibernética en la literatura, David Porush señala que una de las características principales de las obras del novelista Thomas Pynchon es que “todo está conectado. De ahí que si se tira de los hilos visibles –y qué hilos están visibles es algo que depende de la posición y experiencia del observador, de lo iluminado que esté el lugar– se desenmaraña rápidamente una madeja infinita y escondida”. David Porush, *The Soft Machina. Cybernetic Fiction* (New York, 1985), p. 116.

El problema de la autoría también afecta a la literatura textual. La “madeja subterránea” apunta directamente a la insistencia de la crítica textual deconstructiva hacia las recurrentes, subsidiarias y barrocas

complejidades sobre la práctica discursiva y la autoría documental, la originalidad y el significado – y procedencia. Véase Gregory L. Ulmer, “On Writing: Derrida’s Solicitation of Theoria”, en *Displacement. Derrida and After*, ed. Mark Krupnick (Bloomington, 1983), p. 47. De un modo semejante Roland Barthes alude al “dèja vu” de la intertextualidad. Véase Jonathon Cullers, *The Pursuit of Signs. Semiotics, Literature, Deconstruction* (Ithaca, 1981), p. 102.

El entrelazado interminable que algunos teóricos de la literatura han puesto de manifiesto en los textos literarios –algunos declaran que todo lo escrito y todo lo vivido es materia del estatus literario– es quizá más evidente, y presumiblemente más característico de la comunicación en los sistemas burocráticos actuales, donde la proliferación de tecnologías informáticas y de comunicación han acentuado y fomentado laberínticas redes y ramas que han provocado que las labores de adquisición y valoración se hayan complicado mucho para los archiveros. La ciencia informática ha originado una gran complejidad de información y organización dotándonos sólo del conocimiento intuitivo básico para vislumbrar esa complejidad sin realmente llegar a entender su naturaleza. Uno de los escasos intentos por sondear las posibles relaciones entre comunicación electrónica y deconstrucción es la obra de Mark Poster, *The Mode of Information. Post-structuralism and Social Context* (Chicago, 1990). Véanse las páginas 124-28 y *passim*. Por último, y en parte para hacer frente al fenómeno de la “madeja subterránea”, ha empezado a tomar forma una nueva disciplina llamada ciencia de la complejidad. Véase Heinz Pagels, *The Dreams of Reason: The Computer and the Rise of the Sciences of Complexity* (New York, 1988), y Paul Winter, “How to deal with complexity”, en *Computing Canada*, 16, 12, (June 1990), p. 26.

En esta misma dirección, otro crítico cultural, el sociólogo Jean Baudrillard, ha apuntado la desaparición de las identidades personales y por tanto, de la autoría, en el laberinto de las redes de comunicación informacional. Hoy en día somos meros receptores y proveedores de información con acceso inmediato a todo. La pérdida de individualidad en ese contexto significa que los humanos sentados frente a un ordenador, con su ilusorio sentido de soberanía local, no son en realidad más que simples nodos de una red global. Esencialmente, cada individuo del universo de información se ha convertido en “simples pantallas, en pura superficie de absorción y permeabilidad de la red predominante”: Jean Baudrillard, *The Ecstasy of Communication* (París, 1988). Jean-François Lyotard aborda en la misma línea los “puntos nodo” de un sistema de comunicación, pero concede a cada agente individual una pequeña medida de influencia en la red de información: *The Post-Modern Condition. A Report of Knowledge*. Traducido por Geoff Bennington, (Minneapolis, 1984), p. 15.

Para un panorama general sobre la problemática relación entre la revolución informativa, las estructuras burocráticas modernas y los principios archivísticos tradicionales, véase, por ejemplo, el oportuno artículo de David Bearman y Richard Lytle, “The Power of the Principle of Provenance”, pp. 18-27. Bearman adopta un tono similar en su ensayo más reciente, en el que se refiere al nuevo fenómeno de la “información sin autor” y la aparición de “poliarquía” sobre la “mono-jerarquía” asociada con el auge de las redes de información electrónica: Bearman, “Multisensory Data and Its Management”, p. 111. (Daniel C. Calhoun reflexiona sobre nociones semejantes de modelos “jerárquicos” vs. “difusos” de comunicación en un contexto socio-histórico más amplio: véase “A Question of Convergent: Neural Networks and the History of Information”, en *Journal of Interdisciplinary History*, 21, 2 (Autumn 1990), *passim*). En términos parecidos, Gerald Ham ha aludido también a la muerte de la materia en la comunicación moderna: “Las telecomunicaciones modernas han conllevado la muerte de... la comunicación y la reflexión documentada y cercana”. Gerald Ham, “Archival Choices: Managing the Historical Record in an Age of Abundance”, p. 12. También Tom Nesmith ha resaltado la menguante importancia de las colecciones personales, lo que es reflejo de la desaparición de las biografías y la aparición de más historia social anónima: Tom Nesmith, “Archives From the Bottom Up: Social History and Archival Scholarship”, en *Archivaria* 14 (Summer 1982), *passim*.

Para finalizar, Michael Heim ha puesto de manifiesto que los vínculos electrónicos en el procesado de textos provoca “la interrelación entre toda la vida simbólica en un sistema de información homogéneo; la conexión de la escritura electrónica nos lleva a una especie de proximidad mental que puede poner en peligro la privacidad y la intimidad de los pensamientos”. Más adelante Heim desarrolla lo que él en última instancia alude como un ataque a la individualidad creativa:

La escritura digital sustituye el marco del libro: suplantando el cuidado artesanal de materiales resistentes por manipulación automática; desvía la atención de la expresión personal hacia procedimientos algorítmicos de lógica más general; cambia la constancia de la formulación reflexiva

de ideas por una sobreabundancia de posibilidades dinámicas; y convierte la soledad personal de la lectura y la escritura reflexiva en una red pública donde el marco simbólico personal necesario para la autoría original se ve amenazado por una conexión con todos los textos de las expresiones humanas.

Michael Heim, *Electronic Language. A Philosophical Study of Word Processing* (New Haven, 1987), pp. 126 y 191. Es por ello que Ham puede estar en lo cierto al sugerir que “Mientras que los documentos pueden ser únicos, sólo una pequeña parte de la información que contienen comparte esa unicidad”, y Margaret Hedstrom al preguntarse por la duplicación o “redundancia” que se presagia dado el cada vez mayor número de datos que comparten la misma caracterización, especialmente en los organismos públicos. Véase, Ham, “Archival Choices”, p. 17, y Margaret Hedstrom, “Is data redundancy the price archivists will pay for adequate documentation”, en *IASSIST Quarterly*, 13, 1 (Spring 1989), pp. 24-30.

Con respecto a la importancia de una burocracia entendible, véase Michael A. Lutzker, “Max Weber and the Analysis of Bureaucratic Organization: Notes Towards a Theory of Appraisal”, en *American Archivist* 45 (Spring 1982), pp. 119-30. Sobre la “complejidad del panorama documental” sin precedentes, véase Margaret Hedstrom, “Is data redundancy the price archivists will pay for adequate documentation”, en *IASSIST Quarterly*, 13, 1 (Spring 1989), pp. 24-30, y Margaret Hedstrom, “New Appraisal Techniques: The Effect of Theory on Practice”, en *Provenance*, 7, 2 (Fall 1989), pp. 5-6, 19. Una incursión anterior en los desafíos planteados por la complejidad organizacional e informacional contemporánea es Ham, “Archival Strategies in the Post-Custodial Era”, p. 207, *passim*.

Como contrapunto a las perspectivas reseñadas sobre la autoría, véase la serie de Luciana Duranti, “Diplomatics: New Uses for an Old Science”, en *Archivaria* 28 (Summer 1989), pp. 7-27; 29 (Winter 1989-90), pp. 4-17; y especialmente 30, (Summer 1990), pp. 4-20. Duranti ofrece un interesante y muy particular análisis sobre la relación entre acción, intencionalidad y creación de documentos. No obstante, su mayor énfasis es en el estatus jurídico y la competencia legal, aunque brinda un saludable recuerdo de las raíces medievales de la definición de persona, no aborda la naturaleza crecientemente problemática del acto social de autoría y origen, acción versus estructura, en lenguaje de los teóricos sociales. En última instancia, su perspectiva sobreestima el poder de la intencionalidad individual y potencial como opuesto a la determinación social y discursiva.

³¹ Sobre este punto, véase T. R. Schellenberg, “Archival Principles of Arrangement”, en Maygene Daniela y Timothy Walch, eds. *A Modern Archival Reader: Basic Readings on Archival Theory and Practice* (Washington, 1984), p. 153.

³² Sobre las consecuencias místicas de la práctica archivística, véase O’Toole, op. cit. 17; y Cook, “Information to Knowledge”, p. 46. Sobre el esteticismo de los documentos y reliquias de la época antigua, véase David Lowenthal, *The Past is a Foreign Country* (Cambridge, 1985), cap. 4. Para una reflexión interesante sobre la “entropía o pérdida de valor que afecta a una colección de objetos”, la imposibilidad –y la no conveniencia– de recubrir el “sistema o código original” y una guía de sus peligros, véase Stephen Bann, *The Clothing of Clio. A study of the representation of history in nineteenth-century Britain and France* (Cambridge, 1984), pp. 77-78 y cap. 4 *passim*.

³³ El historiador Michel De Certeau también parece hacer referencia al sentido transformador de los archivos en la creación de historia o el proceso de escritura:

En histoire, tout commence avec le geste de mettre à part, de rassembler, de muer ainsi en «documents» certain objets répartis autrement. Cette nouvelle répartition culturelle est le premier travail. En réalité elle consiste à produire de tels documents, par le fait de recopier, transcrire ou photographier ces objets en changeant à la fois leur place et leur statut. Ce geste consiste à «isoler» un corps, comme on le fait en physique, et à «dénaturer» les choses pour les constituer en pièces qui viennent combler les lacunes d’un ensemble posé a priori. Il forme la «collection». Il constitue des choses en «système marginale» comme dit Jean Baudrillard ; il les exile de la pratique pour les établir en objets «abstraits» d’savoir. Bien loin d’accepter des «données», il les constitue. Le matériau est créé par les actions concertées qui le découpent dans l’univers de l’usage, qui vont le chercher aussi hors des frontières de l’usage et qui destinent à un réemploi cohérent. Il est la trace des actes qui modifient un ordre reçu et une vision sociale. Instauratrice de signes offerts à des traitements spécifiques, cette rupture n’est donc pas seulement ni d’abord l’effet d’un «régard». Il y faut une opération technique.

Les origines de nos Archives modernes impliquent déjà, en effet, la combinaison d'un groupe (les érudits), de lieux (les «bibliothèques») et de pratiques (de copiage, d'impression, de communication, de classement, etc.). C'est, en pointillés, l'indication d'un complexe technique, inauguré en Occident avec les «collections» rassemblées en Italie puis en France à partir du XVIe siècle, ...:

(En francés en el original; N. del T.) Michel De Certeau, *L'écriture de l'histoire* (París, 1975), p. 84.

Booms habla del “acto constitutivo” de los archiveros, algo que puede relacionarse con una de las ideas principales de Jurgen Habermas, “conocimiento-interés constitutivo”. Es más, Booms declara: “Aún, los historiadores siguen sin tener en cuenta que, además de las razones del azar, el modo en que los archiveros diseñan, modelan y dan forma al documento podría también tener un efecto en la “imagen histórica”. Hans Booms, “Society and the Formation of a Documentary Heritage: Issues in the Appraisal of Archival Sources”, en *Archivaria* 24 (Summer 1987), pp. 76-77.

³⁴ El tema de la abundancia documental es una premisa básica muy presente en los escritos y reflexiones archivísticos. Nancy E. Peace, ed., *Archival Choices. Managing the Historical Record in an Age of Abundance* (Lexington, 1984). Véase también Gerald Ham, “Archival Choices: Managing the Historical Record in an Age of Abundance”, en *American Archivist* 47, 1 (Winter 1984), pp. 11-22. También Booms, “Society and the Formation of a Documentary Heritage”, pp. 76-77.

³⁵ Véase la nota 42 sobre la visión de Michel Foucault de los límites del poder de la documentación a la hora de escribir historia.

³⁶ Sobre el sentido interpretativo de los archivos, véase nota 33.

³⁷ Con una intención distinta George Bolotenko explicó que el arranque de esta actitud es en el siglo diecinueve:

“Los archivos modernos y la práctica archivística surgieron en Europa en el siglo diecinueve de forma contemporánea. Por mucho daño que los historiadores hicieran en un principio al documento, fueron los que fijaron las fronteras de la archivística con la publicidad del valor del documento histórico, haciéndolo una *desiderata* [sic] de la matriz intelectual europea”: George Bolotenko, “Archivists and Historians: Keepers of the Well”, in *Archivaria* 16 (Summer 1983), p. 23. (Jenkinson utiliza de modo semejante el término *desiderata* en su *A Manual of Archive Administration*. Véase p. 157).

³⁸ Robert Henri-Bautier, “Les Archives” en *L'histoire et ses méthodes*, ed. Henri Marrou. Encyclopédie de la Pléiade (1961), pp. 1159-60. El historiador político americano John Lukacs también ha reseñado la relación directa entre la consolidación de la democracia y la importancia y abundancia de la documentación. Véase *Historical Consciousness, or the past remembered* (New York, 1985), pp. 53 ss.

³⁹ Una de las más acérrimas defensoras de la adquisición y valoración centrados en el usuario es Elsie T. Freeman. Véase su “In the Eyes of the Beholder: Archives Administration from the User's Point of View” en *American Archivist* 47, 2, (Spring 1984), pp. 111-24.

⁴⁰ Nora, *Les Lieux de mémoire*, p. xxvi.

⁴¹ Elizabeth Eisenstein, “Clio and Chronos: An Essay on the Making and Breaking of History-Book Time”, en *History and Theory* 6, 1 (1966), pp. 39-40. como Eisenstein, Michel De Certeau también remonta el crecimiento de los archivos a la invención de la imprenta:

Liée d'abord à l'activité juridique, chez des hommes de plume et de robe, avocats, bourgeois d'offices, conservateurs de greffes, l'entreprise fait expansionniste et conquérante dès qu'elle passe entre les mains de spécialistes. Elle est productrice et réproductrice. Elle obéit à la loi de la multiplication. Dès 1470, elle s'allie à l'imprimerie: la «collection» devient la «bibliothèque»... Ainsi la collection, en produisant un bouleversement des instruments de travail, redistribue les choses, elle rédefinit des unités de savoir, elle restaure un lieu de recommencement en construisant une «gigantesque machine»... qui rendra possible une autre histoire.

De Certeau, *L'écriture de l'histoire*, p. 85. En la misma línea, el historiador económico y de comunicaciones canadiense Harold Innis, señalaba que nuestro sentido del tiempo estaba siendo alterado por la inundación de información científica y la parcialidad de los medios de comunicación. Véase Carl Berger, *The Writing of Canadian History. Aspects of English-Canadian Historical Writing since 1900* (Toronto, 1986), p. 190.

⁴² Dominick LaCapra, *History and Criticism* (Ithaca, 1985), pp. 18-21. La crítica de LaCapra se fundamenta en una observación similar expresada por Hayden White unos veinte años antes: con el aumento de la profesionalización y la especialización en la historia, “los historiadores corrientes se han visto envueltos en

la búsqueda de un esquivo documento que los legitime como una autoridad en un área definida de forma precisa”. Hayden White, “The Burden of History”, en White, *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism* (Baltimore, 1978), p. 28.

Michel Foucault insinúa que los documentos archivísticos representan un poder ambiguo, tal vez ilusorio, de subsidiariedad. Parecen ofrecer a los historiadores la promesa de una puerta de entrada hacia algo que está más allá de la superficie de una obra publicada por alguien, hacia el descubrimiento del verdadero significado que subyace a sus escritos – la persona auténtica, esencial e intencional. La cuestión es ¿cuándo se para todo ello? ¿Cuándo puede uno decir que “la investigación se ha completado”?:

“La creación de una *oeuvre* completa presupone un número de elecciones que son difíciles de justificar e incluso de formular: ¿es suficiente añadir a los textos publicados por el autor aquellos que él pensó publicar pero que quedaron sin finalizar por el hecho de su muerte?, ¿debe uno también incluir todos sus borradores y versiones primeras, con todas sus correcciones y referencias?, ¿debe uno añadir todos los borradores que él mismo decidió abandonar?, ¿y qué status debe darse a las cartas, notas, conversaciones registradas, transcripciones de lo que dijo hechas por alguien de su tiempo, en definitiva, a ese ingente material de pistas verbales dejadas por un individuo tras su muerte, y que pueden expresarse con una confusión interminable de lenguajes distintos...? En realidad, si uno habla tan indiscriminada e irreflexivamente de la *oeuvre* de un autor es porque cree que esta puede ser definida por una cierta función expresiva. En realidad se presupone que hay un determinado nivel (tan profundo como se crea necesario imaginarlo) en el cual surge la *oeuvre*, en todos sus fragmentos, incluso los más pequeños y lo menos esenciales, como expresión del pensamiento, la experiencia, la imaginación o el subconsciente del autor, o de hecho, de los condicionantes históricos que le rodearon. Pero esto que una vez tuvo apariencia de unidad, lejos de que siempre fuera así, fue el resultado de una operación interpretativa”.

Michel Foucault, *The Archaeology of Knowledge* (New York, 1972), p. 24. Para una interesantísima discusión de este problema en un contexto propiamente archivístico, véase Pamela Banting, “The Archive as Literary Genre: Some Theoretical Speculations”, en *Archivaria* 23 (Winter 1986-87), pp. 119-22.

⁴³ Jean Baudrillard, “Fatal Strategies”, en *Jean Baudrillard. Selected Writings*, Mark Poster, ed. (Stanford, 1988), p. 189. La metáfora epidemiológica de Baudrillard no es tan radical como pudiera parecer. Sólo tenemos que recordar la alusión a términos como “gusanos” o “virus” tan propios del argot informático. De manera similar, el filósofo William Barrett, igual que Baudrillard, habla de nuestra enorme “curiosidad de información”, que se refleja en las “montañas de estudios y documentos acumulados sobre las materias más triviales” y se pregunta si todo esto se plasma en un aumento de nuestro conocimiento: *Time of Need. Forms of Imagination in the Twentieth Century* (Middletown, Conn., 1972), pp. 207-08.

En el contexto propiamente archivístico, Gerald Ham plantea una vaga alusión, inadvertida, pero parecido a la estrategia fatal y a la mentalidad documental cuando afirma “los requisitos de una sociedad litigante aparentemente en busca de la “evidencia eterna” y la respuesta de la burocracia a las necesidades de una sociedad tecnológica garantizan la continua proliferación y descentralización”. Ham continúa esa idea para hacer hincapié en el hecho de que los archivos se han beneficiado de esta situación mediante el aumento de recursos y el crecimiento y consolidación de la profesión. Ham, “Archival Strategies in the Post-Custodial Era”, p. 210. La referencia de Ham a una sociedad litigante es importante a la luz de los 500 años que tiene ya el vínculo que muchos establecen entre archivos y legislación.

⁴⁴ Véase Foucault, nota 42.

⁴⁵ Baudrillard, “Fatal Strategies”, p. 189. Con respecto a esa obsesión, Foucault habla de “orígenes secretos”: *The Archaeology of Knowledge*, p. 25.

⁴⁶ Michael Heim, *Electronic Language. A Philosophical Study of Word Processing* (New Haven, 1987), p. 270, n.33. La aparición de revistas como *Computers and the Humanities* parece dar crédito a los temores que expresaban Heim, Baudrillard y LaCapra o al menos, a las observaciones que manifestaron.

En un futuro no muy lejano también se prevé la aparición de redes “hiperactivas” o una “infraestructura de información” que rivalizará en escala e importancia con otras infraestructuras nacionales anteriores de transportes (autopistas), energía (energía eléctrica) y comunicaciones (teléfonos). Su visionario y promotor más importante es el Dr. Robert Kahn, un científico norteamericano que actualmente es presidente de la fundación National Research Initiatives (NRI). Kahn ha recibido hace poco 15,4 millones de dólares

de fondos de la National Science Foundation para financiar varios proyectos de investigación sobre redes. Uno de los escenarios que la NRI tiene en mente es:

“un sistema bibliotecario que estará informatizado y conectado pero que no existirá en un ordenador centralizado. En vez de eso, la información del país estará localizada en bases de datos especializadas separadas, y donde serán ordenadas tanto la información de las páginas amarillas almacenadas en los ordenadores de las compañías telefónicas, como, por ejemplo, las imágenes de los accidentes geológicos almacenados por una compañía petrolífera o por una universidad... Un nuevo tipo de sofisticadas herramientas será desarrollado y utilizado como robots de conocimiento, “robotsabios”, según los llama el Dr. Kahn. Estas criaturas de otro mundo tendrán un hambre insaciable de información. Serán enviados a misiones de búsquedas concretas de información por los humanos, viajando a casi la velocidad de la luz al recurso electrónico apropiado y buscando a través de las bases de datos idóneas. Ya se han diseñado prototipos de robotsabios por científicos de la NRI del Dr. Kahn y puestos en marcha de forma experimental”.

“Creating a Giant Computer Highway”, en *New York Times*, 2 de septiembre de 1990.

Sin embargo, todo esto ya parece haber sido pronosticado por el novelista “cyberpunk” William S. Burroughs a principios de los sesenta: “una máquina de escribir que alterna una mitad de un texto con la otra mitad de otro a través de una página marco con una cinta transportadora –(La proporción de mitad de un texto y mitad de otro es importante para que se corresponda con las dos mitades del organismo humano) Shakespeare, Rimbaud, etc, siendo permutados a través de páginas marco en constante cambio y yuxtaposición mediante las que la máquina escupe libros, obras teatrales y poemas–. A los espectadores se les invita a introducir cualquier página de textos propios en proporción mitad y mitad con la obra de cualquier otro autor que escojan y se les facilita el resultado en unos pocos minutos”. William S. Burroughs, *The Ticket That Exploded* (New York, 1987), p. 65.

⁴⁷ Como es bien sabido, la mentalidad documental en la práctica histórica se remonta al auge del positivismo científico en la historia de la Alemania del siglo diecinueve, que “giraba en torno al análisis crítico de las fuentes, la investigación en archivos, el placer del detalle y la deliberada abstención de preocupación por el presente”. Thomas Heyck, *The Transformation of Intellectual Life in Victorian England* (London, 1982). Véase además Booms, “Society and Documentary Heritage”, p. 83.

⁴⁸ Richard Kesner, “Automated Information Management: Is There a Role for the Archivist in the Office of the Future?”, en *Archivaria* 19 (Winter 1984-85), p. 163. Véase además Richard J. Cox, “Textbooks, Archival Education and the Archival Profession”, en *Public Historian*, 12, 2 (Spring 1990), pp. 73-81.

⁴⁹ Hugh Taylor, “Information Ecology: Archives in the 1980s”, pp. 25-37.

⁵⁰ Este argumento coincide con los de otros que ya han abogado por el papel cultural de los archiveros. Véase Terry Cook, “From Information to Knowledge”, *passim* así como p. 29, n. 2, y *passim* para un sumario de contribuciones clave a este debate.

⁵¹ Dos ejemplos destacados de esta clase de intentos son Bill Russell, “The White Man’s Paper Burden: Aspects of Record Keeping in the Department of Indian Affairs, 1860-1914”, en *Archivaria* 19 (Winter 1984-85), pp. 50-72; y Terry Cook, “Paper Trails: A Study in Northern Records and Northern Administration, 1898-1956”, en *For Purposes of Dominion: Essays in Honour of Morris Zaslow*, eds. Kenneth S. Coates y William R. Morrison (1989), pp. 13-31.

⁵² Sobre la trascendencia de la relación entre “entornos de información” y cultura histórica, véase Robin Nelly, “Rationality and the Information Environment: A Reassessment of the Work of Harold Adams Innis”, en *Journal of Canadian Studies*, 22, 4, (Winter 1987-88), *passim*.

⁵³ Sobre el papel de los archivos como “sustentos e instrumentos de las artes, la cultura y la memoria histórica” véase William Smith, “The Applebaum-Hébert Report: An Introduction”, en *Archivaria* 16 (Summer 1983), pp. 96-97. De hecho, el papel cultural que reclama Smith para los archivos se expresa de forma algo ambigua. Relacionado con este aspecto, véase nota 5.

⁵⁴ He ido argumentando que el espíritu de neutralidad es algo difícilmente asumible por parte de los archiveros. Y ello es así porque, en función del período de los documentos que el archivero debe tratar, la propuesta de Jenkinson, por ejemplo, (véase nota 17) equivale tanto a una tautología como a una paradoja. En efecto, él hizo una llamada para una práctica archivística transhistórica, una en que los archiveros se inhibieran de posición histórica. Con ello, se defendían de la susceptibilidad a las vicisitudes del contexto de

interpretación contemporáneo. Como archivero, sin embargo, Jenkinson se habría visto obligado a negar, casi como un acto de fe profesional, que tal declinación fuese posible para los miembros generadores de documentos de una sociedad. Pero, al mismo tiempo, proclamando esta neutralidad metodológica, estaba deterrando a los archiveros del reino de la presencia-histórica –interpretativa–. (Sobre el concepto de “presente ausente” registrador de observaciones, véase Stanley Raffel, *Matters of Fact. A sociological inquiry* (London, 1979), pp. 25 ss. De este modo los archiveros serían capaces de capturar en condiciones prístinas la expresión histórica contenida en los documentos, salvaguardada para las generaciones futuras.

La crítica de Boom de “estructura” y “función” y sus conceptos de “proceso social” y “evaluación contemporánea” en su trabajo “Society and Documentary Heritage” son profundamente sugerentes. Sus escritos permiten obtener un marco más amplio y más convincente para el debate sobre la valoración que reconoce la importancia de las reflexiones de los filósofos y los teóricos sociales e historiadores en el dilema de determinar el valor archivístico en la era de la explosión informativa. Aunque obviamente más sofisticado y con más sentido común que Jenkinson en su tratamiento de la objetividad de la valoración, no consigue del todo establecer las bases de esa objetividad – ni parece querer hacerlo. Como Jenkinson, ignora las implicaciones que surgen, por un lado, de la evaluación de documentos contemporáneos y, lo que cada vez es más extraño, la valoración de documentos de otros tiempos. Además, no consigue burlar la paradoja de reclamar objetividad en los archiveros. Booms, “Society and Documentary Heritage”, p. 104.

¿Acaso no están los métodos archivísticos condicionados por las mismas contingencias históricas que los mismos documentos que intentan conservar? ¿Podría ser de otro modo? Cuando se aplican técnicas archivísticas a documentos *contemporáneos*, ¿no reflejan tanto los documentos como las técnicas, dicho de modo genérico, las mismas circunstancias culturales? Y, de nuevo, cuando la práctica archivística se enfrenta a documentos de otros periodos *históricos*, independientemente del significado que *otros* puedan tener en el contexto del discurso histórico actual, ¿de veras es posible eludir nuestras propias presuposiciones culturales? ¿No están las técnicas que aplicamos en alguna medida influidas por los mismos factores culturales temporales que nuestro credo profesional nos enseña que modela los documentos? Seguramente, el método archivístico se sitúa en esos mismos límites contextuales, y aunque no determinados completamente ni más determinados por ellos, nuestros métodos, incluso la escala de nuestras decisiones, están de algún modo prefijados culturalmente. Si negamos esto, ¿entonces por qué se sigue ejerciendo la archivística? Es más, ¿para qué tantos se toman la molestia de conservar documentos de acuerdo con los principios de procedencia y orden original?

En este sentido, el filósofo alemán Hans-Georg Gadamer introduce la discusión sobre la sincronía y diacronía: ¿cómo se determina el significado de “contemporaneidad”? ¿Dónde nos situamos para trazar la línea con la cual separamos nuestro pasado de nuestro presente? Hans-Georg Gadamer, *Truth and Method*. 2nd ed., rev. (New York, 1990), p. 395.

⁵⁵ Véase por ejemplo Roy Macleod, “Statesmen Undisguished” in *American Historical Review* 78, 5, (1973), pp. 1386-1405. Por supuesto, también existe bibliografía sobre el crecimiento histórico del fenómeno burocrático.

⁵⁶ El desarrollo paradigmático del argumento “historia del documento” puede encontrarse en Nesmith, “Archives From the Bottom Up: Social History and Archival Scholarship”, *passim*.

⁵⁷ Véase Cook, *The Concept of the Archival Fonds* para la cuestión de las relaciones entre procedencia y record group.